

Fr. Francesco Marinelli

**DERRIBAR LOS MUROS Y TRAZAR
PERÍMETROS MÁS AMPLIOS**

**ANUNCIADORES GOZOSOS DE LA MISERICORDIA
Y DEL AMOR**

ROMA 2015

ABREVIATURAS BÍBLICAS

Gén	Libro del Génesis
Lev	Libro del Levítico
Ez	Libro del profeta Ezequiel
Os	Libro del profeta Oseas
Mt	Evangelio de Mateo
Mc	Evangelio de Marcos
Lc	Evangelio de Lucas
Jn	Evangelio de Juan
Hch	Hechos de los Apóstoles
1 Cor	Primera carta a los Corintios
Ef	Carta a los Efesios
1 Pe	Primera carta de Pedro

DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO

VC	<i>Vita Consecrata</i>
NMI	<i>Novo Millennio Ineunte</i>
EG	<i>Evangelii Gaudium</i>
MV	<i>Misericordiae Vultus</i>
CartaAp	<i>Carta apostólica del Papa Francisco a todos los consagrados, con ocasión del Año de la Vida Consagrada</i>

DOCUMENTOS DE LA ORDEN DE LOS MÍNIMOS

I Reg.	I Regla de la Orden de los Mínimos
IV Reg.	IV Regla de la Orden de los Mínimos
Reg. TOM	Regla de la Tercera Orden de los Mínimos
Anónimo	<i>Vida de San Francisco de Paula escrita por un anónimo discípulo contemporáneo del Santo</i>
Vida	

A los queridos hermanos Mínimos y monjas Mínimas que comparten conmigo la alegría de la consagración en el mismo Padre Fundador.

A los queridos Terciarias y Terciarios que viven su compromiso cristiano en el mundo profesando la Regla del Padre San Francisco de Paula, salud y paz en Jesucristo bendito.

Carta a toda la Orden con ocasión del VI Centenario del nacimiento del Fundador

UNA HISTORIA PARA CAMINAR...

...Algo ronda por la cabeza de Francisco. Los buenos frailes del convento de San Marcos Argentano, donde Francisco cumplía el año votivo, lo han constatado y referido a los piadosos padres Jaime y Vienna: sus noches de oración ante el Crucifijo o la imagen de la Virgen, su humilde servicio, sus pequeñas penitencias y aquella respuesta extraña en la boca de un adolescente: “No es esta la voluntad de Dios”, decía a los frailes que le rogaban se quedase con ellos. Jaime y Vienna se han percatado de ello durante la peregrinación a Asís y la visita a Roma, donde se han encontrado con el acompañamiento lujoso de un cardenal, y Francisco ha exclamado: “Los apóstoles de Jesucristo no vivían con tanto lujo”.

A la vuelta de la peregrinación, Francisco ha querido visitar también los lugares célebres del monaquismo. Allí ha podido percibir las rarezas referentes a los frailes y/o ha visto él mismo y sus padres. La reacción ha sido: “quiero vivir como ermitaño”. Entusiasmo de un adolescente que pronto desaparecerá ante la cruda realidad, creen los piadosos padres. Entretanto no se oponen, porque ¿y si fuere ésta la voluntad de Dios?...

INTRODUCCIÓN

En tiempo de grandes cambios y de gran movilización (piénsese en la globalización, en Internet, en la alta tecnología, en los enormes pueblos que transmigran buscando mejores condiciones de vida) también nosotros estamos llamados a ponernos en crisis, a salir de nuestras seguridades y ponernos en camino hacia un proyecto más grande (cfr. Gén 12, 1-2).

El año jubilar de la “misericordia”, experiencia del amor de Dios que no sólo perdona, sino que envía a hombres santos, “luz para iluminar” el corazón de la gente para abrirse al evangelio, nos llama a emprender una peregrinación interior para reforzar nuestra misión de bautizados y consagrados.

Peregrinando con todo el Pueblo de Dios, crucemos la puerta santa de la Misericordia, para nosotros también “puerta de la Caridad” con ocasión de los seiscientos años del nacimiento del Fundador.

Tomemos como pista de reflexión la imagen del “camino” con sus significados de movimiento, dinamismo, laboriosidad, compartir, solidaridad y sobriedad. Consideremos nuestra experiencia de discípulos de una realidad en movimiento que nos convierte a lo largo del camino en compañeros de todo hombre que busca a Dios.

La condición de peregrinos, despojados de las seguridades mundanas y efímeras, nos tiene preparados para el cambio, dispuestos a gastarnos por el anuncio del evangelio. El Señor recomienda a los enviados: “No llevéis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni dinero; tampoco tengáis dos túnicas cada uno. Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio” (cfr. Lc 9, 3-4).

Vivir nuestra consagración en este sentido, según la “imagen del camino”, supone una buena dosis de confianza en el buen Dios, en su providencia, apertura a la esperanza, disponibilidad a dejarse fecundar por la Palabra.

La “pequeña” familia Mínima sabe por la historia del Fundador en primer lugar, y después de sus muchos seguidores, que toda auténtica renovación o se basa en una sincera conversión para mejor servicio del hombre, o será un mero proyecto arrogante que fomenta ruina y destrucción.

La carta que os dirijo este año, con ocasión de la celebración del VI Centenario del nacimiento del Fundador, no pretende dar respuestas definitivas, sino poner en marcha procesos que nos conduzcan con decisión por los nuevos itinerarios que el Espíritu sugiere en las cambiadas condiciones de la historia. Me refiero, en particular, a la contribución generosa para que se realice la Iglesia “en salida” tan deseada por el Papa Francisco.

Una porción de Iglesia sin ruidos, pero con silenciosos “frutos que pide la conversión”, y acepta implicarse en los problemas del hombre contemporáneo. El Fundador ha sido reconocido “voz de los últimos”, porque se hizo profeta de la Palabra entre los hombres, e invitó sinceramente a convertirse a Dios que nos espera “con los brazos abiertos”.

1. MANTENER VIVA LA PROPIA IDENTIDAD EN UN TIEMPO DE CONTINUOS CAMBIOS

1.1 Un tiempo de purificación para mirar al futuro

Recordar los seiscientos años del nacimiento del Fundador es buena ocasión para poner en orden nuestras cosas, realizar una labor de discernimiento y llevar a cabo una profunda conversión de nuestro modo de pensar, obrar y ser discípulos del mismo Padre.

¡Son seiscientos años de su historia y de la nuestra a la vez! El transcurrir del tiempo transmite, atenúa, ofusca, pero también a veces hace olvidar el valor y la belleza de su herencia. Se necesita entonces una cuidadosa y radical obra de limpieza de las incrustaciones seculares para recuperar el resplandor de su originaria belleza. Al margen de toda metáfora, creo que el recuerdo de este acontecimiento tiene que estimularnos en el compromiso de la conversión. “Limpiar la propia casa, purificar la propia conciencia”, son las sencillas palabras utilizadas por San Francisco para llamar a la conversión.

Sí, os invito a plantear con seriedad la calidad de vida en comunidad, las relaciones fraternas, el amor efectivo al hermano que tengo al lado, ya que ambos hemos elegido compartir nuestro camino y el diálogo con Dios. En un tiempo de continuos cambios, cuyas exigencias hay que tratar de comprender, nuestra primera preocupación tiene que ser la de testimoniar y compartir la perenne novedad del evangelio para poder dialogar y responder a las preguntas de quienes piden consejo, orientación, ayuda en las numerosas dificultades de sufrimiento y de búsqueda de sentido a la propia existencia..

El futuro del mensaje de San Francisco y de su familia consiste en “despertar” la pertenencia, la coherencia del actuar y del ser, la capacidad de señalar “lugares” donde encontrar el sentido de la propia vocación bautismal. “San Francisco ha dejado a la Iglesia una familia con vocación de responder a las urgencias actuales, y ser reclamo para que el hombre vuelva a los valores del espíritu [...] La actualidad eclesial es idéntica a la de San Francisco: *Él fue faro y luz para los penitentes* ; hoy los Mínimos están llamados a rescatar con su ejemplo a los hermanos del laxismo moral tan extendido en la sociedad contemporánea, y viviendo su testimonio con

heroísmo y coherencia” (cfr. A. Galuzzi, *San Francesco di Paola, Prezioso esempio di penitenza, in idem., Studi sulle origini dell’Ordine dei Minimi*, Roma, Curia Generalizia, 2009).

Creo que para llevar a cabo esta labor de discernimiento tendríamos que considerar con mucha seriedad nuestra presencia en la vida de la Iglesia. Nos lo pide el Papa Francisco: “Ninguna de las formas carismáticas debería soslayar una comprobación seria de su presencia en la vida de la Iglesia y de su manera de responder a las continuas y nuevas demandas que se elevan a nuestro alrededor, al grito de los pobres” (Francisco, Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, 2014, II, 5).

A veces me pregunto: ¿Vivimos la *intentio* del Fundador o nos hemos alejado de ella? Sus contemporáneos veían en él al hombre austero, al hombre de mucha oración y activo. ¿No estaremos nosotros hoy gastando muchas energías en la acción? Ser fuerza disruptiva en la historia que contribuya a “despertar” al mundo, ¿no requiere quizá una fidelidad creativa y coherente sin aflojar el compromiso ascético-místico? (cfr. IV Reg. X, 55; Reg. TOM, IV, 11-12). ¿Nuestra manera de ser y obrar tiene la capacidad de poder intervenir ante la mentalidad contemporánea sin sufrir su encanto?

En los cambios de las políticas nacionales e internacionales y en las indicaciones de las economías se usa hoy el término “discontinuidad” para señalar un ¡alto!, un cambio de dirección. Os pregunto: hoy por hoy, ¿podemos continuar pensando y usando respuestas que se han ido formando durante siglos de historia, pero que ya no tienen el “asombro” ni son capaces de interesar o de solucionar los problemas? “A vino nuevo, odres nuevos” (cfr. Mc 2, 22). En esta metáfora cargada de sentido común no hay ningún desbarajuste, antes bien una obra de arte de la Sabiduría que invita a renovarse para acoger el nuevo fermento. Con este espíritu me dirijo a cada uno de vosotros para que, alejado del bullicio fascinante que a menudo confunde las ideas, dialogue con la “Regla de vida”, herencia del pasado no sólo para conservarla, sino para descubrirla y proponerla con nueva creatividad y entusiasmo.

1.2 Atraídos por el amor, cantemos un canto nuevo

Habiendo celebrado la solemne conmemoración del *dies natalis* del Fundador (1507-2007), considero un don poder vivir y celebrar otros “jubileos” de su vida como una gracia y una oportunidad a fin de que cada uno pueda reconciliarse con la historia de la propia llamada y reponerse de sus debilidades humanas. Una vez más estamos llamados a hacer un examen de conciencia para verificar con honestidad: *¿Estamos reunidos*

para vivir el Evangelio? ¿Tenemos viva nuestra identidad? En un tiempo de grandes inseguridades, ¿cuál es nuestra esperanza?

Los diversos acontecimientos conmemorativos de este inicio del milenio nos traen a la memoria una historia lejana en el tiempo, pero siempre viva y actual. Es la historia del amor misericordioso de Dios que no abandona a su criatura, reconociéndola *muy buena* (cfr. Gén 1,31) y la llama a participar de su santidad, “sed santos porque yo, vuestro Dios, soy santo” (cfr. Lv 19,2).

Nuestra historia, la historia de nuestra familia, es la historia de un largo viaje, un Éxodo conducido por Dios: “la llevo al desierto, le hablo al corazón” (cfr. Os 2,16).

Siendo joven, Francisco se retira a un lugar solitario para llevar a cabo una experiencia inusual y arriesgada para su corta edad: “*quiero vivir como ermitaño*”. El biógrafo Anónimo coloca la decisión al término de la peregrinación a Asís, y una vez concluido el año votivo transcurrido en el convento franciscano de S .Marcos Argentano. Asombra la decisión de Francisco cuando responde a los buenos frailes que le invitan a permanecer con ellos: “no es esta la voluntad de Dios”. También asombra la decisión de no querer volver al lugar de nacimiento, pues “quiere retirarse en un terreno propiedad de los padres, distante de la ciudad casi un kilómetro”.

En el desierto empieza a tomar cuerpo la moción del Espíritu, y empieza a brotar la historia del proyecto divino. Con el tiempo el “pequeño manantial” se convertirá en un gran río de gracia y misericordia. Desde entonces no ha cesado la admiración y devoción del pueblo movido por la santidad de este hombre de Dios. Hombre austero, sobrio, auténtico, que hace del desierto lugar ideal, observatorio para detectar las urgencias de la Iglesia y del hombre. Vive junto al hermano sintiendo como propias la fatiga, el dolor y las angustias del prójimo.

Un ermitaño *sui generis*, que vive en lugar solitario de forma *sui generis*. El desierto para él es el lugar del encuentro con Dios y el areópago donde se forma en la justicia y la legalidad, donde su palabra resulta consejo y consolación, grito en defensa de los sin voz.

San Francisco ha demostrado que las injusticias y los engaños hay que combatirlos con el espíritu de la conversión, única forma de cambiar el corazón del hombre y abrirlo al bien de los hermanos. Su figura como asceta entregado a la contemplación de Dios, dócil al Espíritu, dispuesto a comunicar la buena noticia a los hermanos, le presentan como gigante de la santidad y no menos de la *charitas*. Francisco, primero en el desierto de Paula y después en Tours concibe, elabora y comunica el Amor y la Esperanza.

Son estos los rasgos fundamentales que hoy nos permiten hablar de él, y aún más, que él nos siga hablando: vida santa y “voz” de Dios que despierta las conciencias de la gente.

En este año de gracia y de misericordia, deseo que cada uno se haga “peregrino” y recorra las sendas de la historia de nuestra familia con nuevo entusiasmo y ardor, lejos de sentimientos de ansiosa nostalgia, decididos a elaborar proyectos de Esperanza, donde florezcan los desiertos de la humanidad.

2 – ENTRE MEMORIA Y PRESENTE

2.1 Recordar el pasado

“La memoria narrativa” es el punto de encuentro entre el pasado y el futuro; la brújula que orienta el camino (Hch 2,14ss).

La memoria del pasado, actualizada con la novedad del presente, garantiza imaginar y anticipar de alguna manera el futuro. Interpretar así la “memoria del pasado” no será mera “curiosidad” arqueológica, ni la celebración de una página gloriosa, ni mucho menos aún la nostálgica puntualidad de viejos tiempos que ciertamente ya no volverán, sino que será una vuelta a los inicios de nuestra “historia”. Pero, sobre todo, servirá para dar gracias al Padre que nos ha llamado a trabajar en su viña y ocasión para abrirnos al Espíritu y mirar con fe el correr del tiempo, para responder con nueva creatividad a las surgencias de la Iglesia y del mundo. Será considerar que la familia Mínima con su santidad, su cultura, su ministerio pastoral a lo largo de los siglos ha encarnado y actualizado el don del Espíritu dado al Fundador. El carisma, precisamente por ser don del Espíritu, lleva en sí mismo un dinamismo tal que a nadie le es lícito frenar.

Somos guardianes de su originalidad y vitalidad, no de una estéril perpetuidad. Nos lo enseña la parábola evangélica de los talentos (cfr. Mt 25,14-30). El “miedo” frustra la iniciativa y bloquea cualquier forma de crecimiento.

Es muy oportuno que en este año toda la Orden: Provincias, Delegaciones, comunidades se dispongan a escuchar la historia que nuestra familia ha escrito a lo largo del tiempo para comprender la vivencia del carisma, su vitalidad y sus dificultades inherentes. ¡No tenemos que desaprovechar esta ocasión! El hecho de encontrar incoherencias, debilidades y olvidos nos llevará a acercarnos al Dios de la Misericordia y convertirnos a su Amor.

El Fundador ha sido reconocido por la Iglesia como “luz para iluminar”, y como el que encarnando la urgencia de una profunda reforma ha ofrecido un camino concreto de renovación y fidelidad al evangelio según el “dad el fruto que pide la conversión” (cfr. Mt 3, 2.8; 4,17). Es la espiritualidad penitencial recogida en el cuarto voto para los frailes y las monjas, y constituye la misión específica que el Espíritu ha consignado a la naciente Familia. Esta espiritualidad penitencial concretizada y vivida en

sus varios aspectos está llamada a mantener vivo en la Iglesia y en el corazón del hombre el mandato de la continua conversión y renovación.

Hay que responder con honestidad a la pregunta: ¿cómo vivimos los aspectos esenciales contenidos en el cuarto voto de “vida cuaresmal” nosotros los consagrados? Y vosotros, terciarios laicos, ¿cómo vivís las consignas requeridas para huir de las vanidades del mundo? ¿Nos hemos estancado únicamente en las formas externas? Teniendo en cuenta los ricos contenidos de la Cuaresma, ¿no resulta pobre o, por lo menos, una señal de pereza espiritual el haber subrayado sólo la abstinencia?

La complejidad de la materia que afrontamos nos exige una profunda renovación para poder responder a las nuevas situaciones que se presentan en los ambientes en donde estamos llamados a ser “voz y palabra” de esperanza. El Papa Francisco nos invita a salir de nuestras seguridades y comodidad, de nuestras perezas y áridos problemas cotidianos que entristecen y estrechan los horizontes del Espíritu. “No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que os asfixien las pequeñas grescas caseras, no permanezcáis prisioneros en vuestros problemas” (CartaAp. II, 4). ¡Es una invitación a buscar “aires limpios” para respirar con plenos pulmones!

Tengamos despierto el corazón para escuchar cuanto nos dicte Dios y el mundo de hoy en este año llamados a dejarnos tocar por la “misericordia” y a ser instrumentos de misericordia. Soltemos las amarras que nos atan y naveguemos por el ancho mar del amor de Dios y de los hermanos. Es la llama viva de nuestra identidad que debemos transmitir a las nuevas generaciones.

2.2 Arraigados en el presente

Nos preguntamos a nosotros mismos: ¿cómo actualizar hoy el espíritu de los orígenes de nuestra historia? El concilio Vaticano II y los documentos del Magisterio eclesial han urgido la renovación o acomodación a los nuevos tiempos. La respuesta requiere una seria reflexión. No se ha concluido la labor de acomodación a la nueva situación ni se ha actualizado un nuevo lenguaje más inteligible y moderno. Tampoco podemos delegar esa forma de transmisión a los que piden hacer experiencia con nosotros del encuentro con Dios. Creo que estamos todavía en una fase de transición. Tenemos que rezar, reflexionar, elaborar, promover proyectos y trayectos.

Una respuesta eficaz que no diluya la propuesta del pasado ni traicione las expectativas y demandas del presente teniendo en cuenta las narraciones bíblicas y la experiencia concreta del Fundador.

Los momentos de “paso” en la Biblia han estado siempre marcados por alguna “ruptura”. Basta leer en concreto el movimiento profético. Al anunciar en su predicación algo nuevo, una forma nueva de la presencia

amorosa de Dios, una nueva relación con Él, proponen que se lleve a cabo mediante alguna “ruptura” del modo de vivir que no resultaba ser propio del Pueblo escogido.

Viniendo a lo que nos atañe más de cerca, hay que decir que la vida de la Iglesia, la vida religiosa, a lo largo de los siglos ha tenido momentos de “ruptura” para promover “nuevos inicios”.

Bajo diversas formas de vivir la experiencia de Dios, basadas en una interpretación original del Evangelio, los fundadores, ante todo, han dado testimonio y después han suscitado el “deseo de Dios” en sus contemporáneos. Es la historia de nuestro Padre San Francisco, quien con su modo original de vivir la experiencia del encuentro con Dios, ha contribuido mucho a realizar la reforma tan deseada. Señalando el camino de la penitencia como renovación, ha ofrecido a la Iglesia y a sus contemporáneos un modo nuevo de vivir y dialogar con la perennidad del Evangelio: “fiel imitador de los primeros Padres y diligente seguidor y renovador de sus laudables instituciones” (cfr. *Ad fructus Uberes*). Nosotros hoy tenemos que leer e interpretar, ante todo, los textos de fundación y después “dialogar” con ellos. Pues en ellos ha concretado el Fundador su experiencia del Espíritu, dejándose interpelar por el Evangelio.

Dejarse interpelar por el Evangelio es lo más urgente y serio que nos propone la Iglesia. Teniendo presente la experiencia que tuvieron los Apóstoles con Jesús, y su incapacidad de “orar” una hora con Él (cfr. Mt 26,40), comprendo la dificultad de mantener el estado de “nuevo inicio” a tantos siglos de distancia. Pero el secreto para penetrar de forma fecunda el presente está en el escudriñar “nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios” (cfr. VC 84).

En el “desierto” como San Francisco tenemos que volver a ser levadura y sal (cfr Mt 5,13; 1 Cor 5,6-9), donde los hermanos encuentren la dulzura de la misericordia y del perdón que conduzca a la armonía del corazón y de las relaciones: “Todos volvían contentos” (cfr. Anónimo, *Vida de San Francisco de Paula escrita por un discípulo anónimo contemporáneo*, c. III).

Dispongamos la mente y el corazón según el Espíritu para caminar con más celeridad hacia la renovación. Las distracciones, los compromisos, el ritmo de trabajo no nos roben esta oportunidad de dar más autenticidad a nuestra vida y a nuestra misión de consagrados y laicos en la Iglesia.

3. ABRAZAR EL FUTURO

3.1 Hombres nuevos para un mundo en busca de sí mismo

Somos conscientes de encontrarnos en un punto crucial donde, mientras una época se acaba, algo nuevo, difícilmente descifrable, aparece en el horizonte. Junto a los progresos que se palpan en tantos frentes asoma una gran incertidumbre que hunde a enteras generaciones. Podemos hablar, sin lugar a dudas, de una juventud quemada por los egoísmos que sólo ha causado exclusión.

En este contexto han hecho mella el relativismo, el individualismo, el secularismo, el subjetivismo, que, en la práctica y por lo que nos atañe, han inducido a muchos a relativizar la pertenencia y a vivir la propia experiencia religiosa de forma individualista e intimista. Hoy acontece algo singular: nadie niega a Dios, y, según las encuestas ofrecidas por los *mas media* y por los centros especializados de investigación, todos afirman creer en Dios, pero lo consideran irrelevante en su vida y en la historia.

También nosotros podemos vernos reflejados en este apunte muy genérico, por cierto. Una mirada a la vida real de comunidad pone al descubierto la caída de modos de vivir y de expresar la fraternidad; también podemos reconocer la desaparición de cierta mística de la casa conventual con sus ritmos y su silencio, y hasta el mismo modo de encontrarnos para la oración. No es menor la dificultad que tienen las Fraternidades del TOM de salir de su atasco devocional e insensible que se traduce en la escasa participación en lo social.

Hay que tomar conciencia, si bien había que haberlo tenido en cuenta hace tiempo, de que la secularización y sus ramificaciones han entrado en nuestro mundo acompañada de sus inevitables consecuencias. Hoy somos propensos a pensar más en nosotros mismos, a que prevalezcan nuestros proyectos e intereses y los impulsos de la propia libertad. El “yo” es el centro y no un componente en la construcción del “nosotros” comunitario.

Si preocupa la cara de la medalla, el reverso puede constituir una buena ocasión para emprender la dirección de la renovación optando por la “osadía” y abandonando el “estancamiento” de una espera resignada.

Creo que la salida del momento que vivimos no vendrá quedándonos en el inmovilismo o refugiándonos en el pasado o en la imaginación de un futuro utópico, sino escuchando el Evangelio que nos invita a no echar “vino nuevo en odres viejos”, ni “un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado” (cfr. Mc 2,18-22).

Percibo un descenso de entusiasmo y una fatiga refractaria a cualquier estímulo. Ante una crisis con tantos factores, se tiene la impresión de una cierta resignación que no augura nada bueno. En este sentido el Papa Francisco afirma: “Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre” (cfr. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 2013, 85).

El Papa reconoce la “desertificación espiritual” presente en algunos lugares, pero también es verdad que en la aridez del desierto puede renacer la vida: “En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así en el mundo contemporáneo son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados en forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan, sobre todo, personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. En todo caso allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás.” (EG 86).

Como se puede ver, los varios “desiertos” materiales y existenciales en lugar de apagar nuestro compromiso y entusiasmo deben ser motivo de desafío que apremien nuestra “fantasía evangélica” a “excavar pozos” para no alejarnos del “Surtidor” (Jn 4,14) que apaga la sed y refuerza en el largo camino.

Abrámonos al Espíritu como hombres de fe; escuchemos la voz de los repliegues de la historia y de nuestras tortuosas vicisitudes, en los desafíos del tiempo y en lo profundo de nuestro corazón. No podemos quedarnos mirando al cielo a la espera de lo que no vendrá.

3.2 Comunicadores de la alegría de un encuentro

El biógrafo Anónimo, narrando los inicios del movimiento en torno a Francisco, manifiesta, por un lado, la alegría de los “bienhechores”: “todos los que podían prestar alguna ayuda en la construcción del convento se consideraban felices” (Anónimo, c. IV), y, por otro lado, la de los que le seguían. “muchos, queriéndole imitar, renunciaron al mundo y abrazaron vida solitaria, atraídos por su vida virtuosa [...]; los que vestían su sayal, lo recibían con gozo” (An c. IV). Es un testimonio precioso que ofrece la primera comunidad en torno a Francisco.

Las declaraciones del proceso cosentino nos presentan a Francisco cordial y cercano a la gente, acogedor que comparte su vida y lo que tiene. En la primera comunidad de Paula los frailes no poseen nada en propiedad, son “*peregrinos y forasteros en este mundo al servicio del Señor*, todo pertenece a la comunidad, *el fraile ha abandonado en Dios todo su cuidado*” (cfr. I Reg. VI).

Con la vida austera que se vive en el ambiente eremítico: “les dio una norma y un modo de vivir en pobreza, castidad y obediencia, observando vida cuaresmal” (cfr. Anónimo, C. IV); la comunidad emplea la jornada en la oración, el trabajo y en atender a los que “se acercaban al convento como refugio para todos” (cfr. An IX).

El mismo Anónimo nos refiere el “ministerio de la acogida” que se practicaba en la primera comunidad: “muchas gente de diferentes clases

sociales venían a visitarlo y a pedirle consejo, ya se tratase de cosas espirituales como materiales, y se alejaban consolados” (cfr. An c .III). Es un aspecto importante que el Fundador quiere que se conserve, pues lo propone en la Regla, “los huéspedes sean acogidos con corazón alegre y rostro apacible” (cfr. IV Reg. VII, 34).

Esclavos de las seguridades conseguidas, hoy vivimos con el miedo de que nos las quiten. Esto crea conflictos generacionales: pesimismo, tristeza, temor ante el futuro. De forma muy sintética podríamos decir: ¡ha desaparecido la alegría del rostro de muchos hermanos!

Hablamos mucho de alegría, se desean comunidades y fraternidades alegres, pero faltan personas contentas de su vocación. Me pregunto: ¿cómo puede anunciar la “Buena Noticia” un rostro triste, una persona insatisfecha? ¿Qué interés y qué acogida puede suscitar en los oyentes? ¿Cómo puede suscitar inquietudes sobre el sentido o el deseo de Dios? Ha terminado el tiempo de lamentarse de los propios problemas, de las propias insatisfacciones, y es hora de orientar la propia brújula en la persona de Jesucristo, el único necesario que puede asegurar que su presencia es certeza de “abundancia” y heredad de vida eterna (cfr. Mt 19, 29).

Estamos en deuda con el compromiso asumido en el bautismo, y nosotros los consagrados el día de la profesión: “al anunciar a Jesucristo, que es la paz en persona (cfr. Ef 2,14), la nueva evangelización anima a todo bautizado a ser instrumento de pacificación y testimonio creíble de una vida reconciliada” (EG 239). “En efecto, toda la Iglesia espera mucho del testimonio de comunidades ricas de gozo y del Espíritu Santo” (Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, 1996, 45).

Si nuestra “jornada” está marcada por la presencia del Señor, si Él es fuente de alegría, de relaciones auténticas y fraternas, si en torno a Él crecemos en la misericordia y el perdón mutuo, entonces también el desierto árido volverá a florecer (cfr. Is 32,15-18). Pues no hay alegría vocacional que no genere un modo nuevo de estar juntos, de vivir y testimoniar la comunión que no produzca comunicadores y transmisores de la espiritualidad de comunión. El Señor no envió a los apóstoles a anunciar la tristeza del desprendimiento, sí les confirió el deber, que continúa siendo también nuestro, de “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (cfr. Mc 16,15).

La mejor respuesta que podemos dar al hombre desorientado y en busca de puntos de referencia es vivir con alegría la maravillosa aventura de la llamada.

El anuncio gozoso del encuentro con el Dios de la misericordia y del perdón sea el camino de cada uno. “Sólo Dios es capaz de colmar nuestro corazón y de hacernos felices sin necesidad de que busquemos en otro lado nuestra felicidad [...] un seguimiento triste es un triste seguimiento”

(CartaAp II, 1). Hombres libres, no usando de la libertad como tapadera para el mal, sino como siervos de Dios (cfr 1 Pe 2,16).

3.3 Activos y vigilantes

Un cierto Antonio Mendolilla declara en el Proceso de Cosenza que, mientras trabajaba en la construcción de la iglesia, un día se presentó un fraile franciscano que cambió el proyecto de la obra empezada.

-“ ¡Qué iglesia estás edificando! Es muy pequeña.

Fray Francisco respondió que no disponía de medios para una más grande:

- ¡No te preocupes, el Señor proveerá!

Hizo demoler las paredes ya levantadas y trazó un perímetro más ancho.”
(Proceso cosentino, t. 37)

El episodio es muy significativo: estar dispuestos a cambiar los propios proyectos ante una visita inesperada. ¡Cuántas veces las dificultades reales o presuntas han matado o matan la fe y la razón, acabando por apagar el entusiasmo! Hoy más que nunca ninguno tendría que estar ocioso, sino que, como siervos buenos y fieles, desde la primera a la última hora estamos llamados a trabajar en la viña del Señor (cfr. Mt 20,1-7).

También en este punto tengo que lamentar cierta inclinación a que prevalezcan los propios confines y proyectos antes que demoler los muros y ampliar ámbitos. Una realidad mínima sin osadía se encierra en el miedo a perder, no arriesga, su preocupación es salvarse a sí misma, olvidando de ser buenos “samaritanos” llamados a buscar el bien y la salvación de los demás. Dice el proverbio popular que “el miedo es mal consejero”, y nosotros, a menudo, nos dejamos aconsejar por él.

Miedo, desconfianza, son actitudes de quien se fía de sí mismo, de sus posibilidades, de sus comodidades, de sus propios proyectos, en vez de confiar en Dios, cuyo amor es eterno, que guía la historia de los hombres. Consignándonos el Fundador la “Vida cuaresmal”, ha querido confiarnos la misión de practicar y testimoniar la “continua conversión”, senda que allana y prepara a recibir lo nuevo que se acerca, proporcionándonos fecundidad y capacidad para ser profetas (cfr. Is 40,3-4).

Nuestra actividad muchas veces queda bloqueada por la “palabrería”, la murmuración, el juego de “sabes que...”. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme (Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, 2015, 14). “Nunca me canso de repetir que críticas, cotilleos, envidias, celos, antagonismos, son actividades que no tienen derecho de residencia en nuestras casas. El camino de la caridad que se abre ante nosotros es, prácticamente, infinito, ya que se trata de procurar

la acogida y la atención recíprocas, de practicar la comunión de los bienes materiales, la corrección fraterna, el respeto a las personas débiles [...] Se trata de la “mística de vivir juntos”, que hacen de nuestra vida una santa peregrinación” (CartaAp II, 3).

Somos responsables del tiempo precioso que robamos al espíritu. Os pido escuchar al Espíritu que es la auténtica “actividad”.

El activismo que invade casi todo ha terminado por asfixiar la dimensión espiritual de nuestra consagración. Muchas veces se infravaloran las dimensiones esenciales: el silencio, la oración, la meditación, la celebración comunitaria de la fe, el testimonio de la primacía de Dios, desfigurando el rostro de la donación en tantos compromisos sin duda generosos. El Papa nos recuerda en la *Evangelii Gaudium*: “Siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades y el fervor se apaga” (EG 262). Me pregunto: ¿cómo se puede realizar el cambio de “bien en mejor” con una entrega en la penumbra? Aturdidos por el bullicio, cerrados a la escucha de la Palabra, ¿cómo podemos responder a quien nos pregunta “¿dónde está tu hermano?” o “¿no oyes el grito del pobre?”

Tenemos por delante la tarea de revisar las Constituciones. Un estudio formidable que tendría que interesar y comprometer a todos. En efecto, “la experiencia inicial ha crecido y se ha desarrollado implicando a otros miembros en nuevos contextos geográficos y culturales, dando vida a nuevos modos de realizar el carisma, a nuevas iniciativas y expresiones de caridad apostólica” (CartaAp I, 1). El carisma no es un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie, sino que “en la medida en que un carisma dirija mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio” (EG 130).

Nadie tiene que considerarse excluido en esta labor de investigación, oración y discernimiento. “Los ancianos aportan la memoria y la sabiduría de la experiencia, que invita a no repetir tontamente los mismos errores del pasado. Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza” (EG 108). Pregunto: ¿cuántas comunidades han comenzado la labor que yo había pedido?

Trabajando individualmente se puede hacer mucho, pero no se llega lejos. En grupo es más llano el camino y se avanza más. Superemos la tentación del individualismo y de la autorreferencialidad, abramos la mirada a la comunidad y a horizontes más amplios, evitemos contentarnos con satisfacciones de pequeño cabotaje que frenan el lanzamiento de la generosidad.

“No os repleguéis en vosotros mismos, no dejéis que os asfixien las pequeñas grescas caseras, no permanezcáis prisioneros de vuestros problemas” (CartaAp II, 4), es el “respiro” de la esperanza que el Papa quiere infundir en los consagrados.

4 – LA CONVERSIÓN, DIMENSIÓN ESTABLE DEL CAMINO DE LA FAMILIA MÍNIMA

4.3 Convertirnos al carisma

La Iglesia, guiada por el Espíritu hacia la plenitud de la verdad, al proponer la santidad de San Nicolás Saggio, hermano nuestro, ha reconocido la validez y actualidad de nuestro carisma. Fray Nicolás, humilde hermano oblato, ha alcanzado altas cimas de la mística en el ejercicio del *quadregesimalis vitae zelo et maioris poenitentiae intuitu* (cfr IV Reg. II, 2). Altas cimas de experiencia de Dios que no le han impedido ver el rostro concreto de los hermanos más pobres en el ejercicio de la misericordia. Arrodillarse ante los pobres antes de servir el alimento cotidiano era para Nicolás un acto de adoración a la imagen de Dios grabada en ellos: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber [...] Señor, ¿cuándo te vimos [...]? Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (cfr Mt 25,35ss). Este será el juicio sobre la fidelidad al ministerio que hemos recibido.

Hoy toca a nosotros actualizar y concretar la “mística de la misericordia y de la caridad” que conecte el cielo con la tierra y la tierra con el cielo por medio de un austero y sobrio estilo de vida. Es el camino de la encarnación, de mirar la realidad “*secundum Deum*” como consagrados y bautizados en el amor del Padre que tenemos que continuar con fidelidad en medio de las vicisitudes humanas. Si la conversión es la dimensión estable de todo camino de fe, de modo muy singular lo es para nosotros que la hemos profesado de por vida. Sólo un corazón convertido puede percibir el “paso de Dios en la historia”.

La penitencia-conversión no equivale a tristeza por lo que se abandona, sino alegría de “volver al Padre”, de la “vuelta del hermano”, de haber encontrado la “oveja perdida” y la “moneda perdida” (cfr. Lc 15). Según la *mens* del Fundador, hay que vivir la penitencia con alegría, pues a través de ella se presta un servicio a otro. Los que padecen alguna debilidad tienen que ser aliviados con caridad, pero ellos: “alégrense y den gracias por el tiempo que todavía se les ha concedido para hacer penitencia” (cfr. IV Reg. VII, 32).

La consagración, el compromiso de tratar las realidades temporales y ordenarlas según Dios (Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 1988, 15), no

nos ha empobrecido, antes bien nos ha enriquecido con los sentimientos de Cristo Jesús, con los dones de tantos hermanos, con la comunión y la solidaridad. Por cuyo motivo “entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque “*un seguimiento triste es un triste seguimiento*” (cfr. CartaAp II, 1). Que no sea el signo externo de la vida cuaresmal, contingente por su naturaleza e indicador de un estado de conversión continua, a entristecer nuestra existencia. Tampoco hay que justificar a los frailes de “puertas afuera”, ni a los que menudean sobre la “*parva materia*”. La señal de una vida “poseída” por el Amor es: lavar los pies, servir, acercarse al hombre herido y abandonado en el camino, atender al enfermo que llama y pide ayuda. Que “nuestras” preocupaciones no sean causa de nuestra sordera y de nuestra falta de generosidad para con Dios y con los hermanos.

El carisma recibido como don del Espíritu no es para la salvación o santificación personal, sino para el bien común. No es un hallazgo arqueológico, una herencia que hay que “conservar” para ser transmitida, sino que siendo don del Espíritu tiene que ser cultivado con capacidad para poder encontrar siempre formas nuevas. “Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11).

4.4 Convertirnos a la comunidad

He tenido ocasiones de detenerme sobre el tema de la comunión en comunidad como tema central de la Regla de vida. El que profesa vivir el Evangelio tiene que tener muy presente el ideal de la comunidad. A pesar del dicho: “*Vita communis maxima poenitentia*”, la comunidad ha sido durante siglos lugar de crecimiento de hermanos, lugar de encuentro y experiencia de Dios, forja de santidad, lugar donde se han elaborado criterios para crear una sociedad más justa. La comunidad es el lugar donde cada uno da, recibe y pide. Cuando decidimos entrar en comunidad, decidimos vivir en comunión, no de forma individualista.

Siempre he imaginado la comunidad como una casa con muros de cristal en medio de la ciudad, donde una lamparilla encendida durante la noche señala la presencia “vigilante”, dispuesta a acoger y compartir las alegrías y las esperanzas, los dramas y las angustias. Un oasis lleno del Espíritu que vence el miedo, abandona las seguridades, denuncia el mal que invade espacios como sanguijuela, causando injusticia, engaño, corrupción. “Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando y centro de constante envío misionero” (EG, 28).

La iglesia nos pide que seamos hombres de comunión y que demos testimonio de comunión. Lo cual quiere decir que tenemos que procurar relaciones nuevas en la labor cotidiana; escucharnos y acogernos mutuamente; estar dispuestos a perdonar, a curar las heridas causadas por la debilidad humana; abrirnos al otro saliendo de nuestro aislamiento. Para conseguirlo, hay que empezar por la conversión personal que afecte a todos, religiosos y laicos. Entonces el “contagio” de la comunión realizará la consigna de una espiritualidad de comunión de San Juan Pablo II (cfr. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 2001). De este modo, la comunidad es la primera forma de evangelización (cfr. Jn 13,35), que el mundo hoy pide y espera de nosotros.

Estamos llamados a ser “expertos de comunión”, y, puesto que la “espiritualidad de comunión” tiene que ser el estilo de vida de nuestras comunidades, entonces, como afirma *Vita Consecrata*: “La vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las familias de vida consagrada”. De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones. “Es precisamente la *cualidad espiritual de la vida consagrada*, que se transforma así en un fascinante testimonio” (VC 93).

Por desgracia, y a pesar de mis repeticiones, tengo que confesar que este ideal choca con la realidad que vivimos cotidianamente: impaciencias, malhumor, poco diálogo, poca caridad en las desavenencias. Situaciones que alimentan el aislamiento, el individualismo y proclives a originar desagradable malestar. Vivamos según la amonestación de San Pablo a la comunidad de Éfeso: “Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros” (Ef 4,32). “Nadie construya el futuro aislándose, ni sólo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda recíproca, y que nos preserva de la enfermedad de la autorreferencialidad” (Carta Ap II, 3).

Tenemos que reconocer que en nuestros días ha disminuido el aprecio a la vida comunitaria. Lo confirma la experiencia de estos años. El motivo por el que hermanos de religión han solicitado abandonar la Orden no ha sido por haberse equivocado a la hora de comprometerse, sino que era la dificultad encontrada en la vida comunitaria, el tener que depender de un Superior. No se hallaban en la comunidad como en su casa.

¡Vivir la comunión en comunidad es difícil! El diálogo, “la nueva forma de vivir la caridad”, para construir la comunión, tiene que mantenerse siempre abierto. El verdadero problema está en resignarse, creyendo que no hay nada que hacer.

Mi invitación a convertirnos a la comunidad quiere ser una invitación a volver a las raíces de estar juntos que tiene su origen, desarrollo y

maduración en el misterio trinitario. Hay que caminar con “Cristo Jesús presente” (cfr. Mt 18, 20), con la pasión por Él, para progresar y poder ofrecer un testimonio de la espiritualidad de comunión. Pero este es un don que requiere una respuesta, una “sinergia” entre el don de Dios y el compromiso personal.

Partiendo de la conversión personal, nace la conversión comunitaria. Contando con ambas conversiones, nuestras comunidades pueden transformarse en lugares de fe, oasis donde esta fe, alimentada con la Palabra y la Eucaristía, vivida y testimoniada, se convierte en don recíproco entre hermanos y lámpara siempre encendida para los que buscan a Dios.

En el rico patrimonio espiritual de la Iglesia y en nuestro ADN (carisma) tenemos las vitaminas para progresar y renovarnos día tras día. Os recuerdo lo que escribe el Fundador en cuanto al perdón, que es el fundamento de una gozosa convivencia fraterna (cfr. I Reg. VIII). Tengamos a mano la Regla de vida y compartamos la reflexión para gustar la misericordia del Dios que nos ama inmensamente y saborear la belleza del vivir unidos como hermanos. Puede ser una buena iniciativa concreta para este año.

4.5 Convertirnos a la misión

“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testimonios que a los maestros, o si escucha a los maestros, es porque dan testimonio” (Pablo VI). Convertirnos a la misión es penetrar en el corazón de nuestra consagración para dar significado a nuestra presencia en la Iglesia que implica el deber de anunciar al Maestro y Señor, Jesucristo. Cuando nos dejamos absorber por la acción, podemos caer en el error de creer que sea ésta la medida de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. ¡La trampa del activismo es el mayor mal que puede acechar a un religioso!

Habiendo elegido “*seguir más de cerca el camino, la Regla y la vida de la salvación*” (cfr. IV Reg. I,1), y deseosos por conocer dónde habita estamos llamados a permanecer con Él (Jn 1,39ss).

Nuestra experiencia empieza en la soledad del desierto, donde la vida de Francisco, vida de oración, trabajo, ayuno, se convierte en fuerza de atracción para los que con gozo visten su sayal. Del encuentro prolongado con Jesús mana el deber de comunicar al mundo la alegría del Evangelio, como primer servicio que podemos y debemos ofrecer a la Iglesia. “El que de verdad ha encontrado a Cristo no puede no anunciarlo”, reteniéndolo para sí mismo (cfr. NMI 40). No son las muchas cosas por hacer las que nos hagan visibles y creíbles, sino el testimonio de una vida arraigada en el Evangelio, signo visible de un estilo y de una mentalidad que se ha propuesto, ante todo, la primacía de Dios. “No sirven, recuerda el Papa Francisco, ni las místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni

los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón” (EG 262).

Decir misión quiere decir también “marchar”, “ir mar adentro”, trazar nuevos perímetros. Jesús no encomendó a los suyos a que permaneciesen encerrados entre las “cuatro paredes del cenáculo”, que les daban seguridad, sino: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (cfr. Mc 16,15). Durante siglos, a excepción de alguna esporádica experiencia, los confines geográficos de Europa eran nuestras columnas de Hércules. Han pasado casi treinta años desde que el Capítulo General de 1988 decidió con timidez y mucha prudencia la apertura hacia nuevos territorios. Sólo habíamos llegado a Brasil y a USA. ¡Fue una decisión del Espíritu, una oportunidad de la gracia! Desde entonces, ¡cuánto camino se ha recorrido! Hoy estamos en Colombia, México, Camerún, Congo, India. Brasil puede confiar con religiosos autóctonos. Son realidades en desarrollo que necesitan acompañamiento y atención. Las misiones tienen un precio, tanto humano como económico. Quiero manifestar un agradecimiento particular a tantos hermanos de ayer y de hoy que han ofrecido con gozo su disponibilidad, y también a las comunidades que les han sostenido con su sacrificio. Este “salir” para marchar y permanecer en otros territorios, ¿está considerado positivamente por todos? ¡No! Todavía se nota en algunos cierta dificultad en la apertura a nuevas culturas, nuevas costumbres; hay todavía reticencia, reservas en aceptar la diversidad. Hay que concienciarse de que el compromiso de uno solo no llega muy lejos. Sólo trabajando unidos estaremos capacitados para afrontar un verdadero cambio de mentalidad que introduzca en el corazón del hombre, de las culturas, de la vida eclesial, de la sociedad y del lugar determinado donde el Señor nos ha colocado para el servicio de un renovado compromiso de la “Buena Noticia”. Lo afirma con fuerza Juan Pablo II en *Vita Consecrata*, 85: “En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. Un testimonio ante todo de la *afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros*, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas. La misma vida fraterna es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras.” (VC 85).

CONCLUSIÓN

Pienso que el tiempo que estamos viviendo es un tiempo de gracia para purificarnos y mirar con ojos nuevos, los ojos de la fe, al futuro que nos espera. Se nos pide una conversión en todos los niveles. El Papa Francisco ha manifestado este deber de forma sencilla y al mismo tiempo práctica en la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (cfr. EG 19-49). Con mucho realismo se dirigía a los Superiores Generales en la Audiencia del 29 de noviembre de 2013: “Deben ser verdaderamente testimonio distinto de hacer y de comportarse. Pero en la vida es difícil que todo sea claro, preciso, diseñado de manera neta. La vida es compleja, está hecha de gracia y de pecado. Si uno no peca, no es hombre. Todos nos equivocamos y tenemos que reconocer nuestra debilidad. Un religioso que se reconoce débil y pecador, no contradice el testimonio que está llamado a dar, sino que sobre todo lo refuerza, y esto hace bien a todos. Por lo tanto, esto que me espero es el testimonio. Deseo de los religiosos este testimonio especial”. Más aún: “La profecía del Reino no es negociable. El acento debe caer en el ser profetas y no en el jugar a serlo. Naturalmente, el demonio nos presenta sus tentaciones, y esta es una de ellas: jugar a hacer los profetas sin serlo, asumir sus actitudes. No se puede jugar con estas cosas. Yo mismo he visto cosas muy tristes en relación a esto. No: los religiosos y las religiosas son hombres y mujeres que iluminan el futuro” (Francisco a los Superiores Generales, 29 de noviembre de 2013).

El Papa nos pide vivir como exige de nosotros el don de la vocación: ser testimonios coherentes y transparentes del amor de Dios y de su misericordia, que es eterna, y auténticos profetas del Reino. ¡Ay de nosotros si tuviésemos que presentar como un *bluff* lo que prometimos a la Iglesia el día de la profesión! Seríamos objeto de la amenaza que hace Jesús en el Evangelio (Mt 23,1-12).

“Fieles servidores del perdón de Dios... signo del primado de la misericordia... nos hacemos nosotros penitentes en busca del perdón” (MV 17).

Tomemos este año como pista de reflexión la imagen de la “misericordia” y la del “camino” para ser misericordiosos y alcanzar misericordia. Tomemos las palabras del Fundador como dichas a nosotros, y que son el eco de lo que nos desea Papa Francisco como fruto del año jubilar: “Deponed toda clase de odio y de enemistades; tened buen cuidado de que no salgan de vuestra boca palabras duras y, si alguna vez salen, no seáis perezosos en pronunciar aquellas que sean el remedio saludable para las heridas. Ya sabéis que nuestros pecados provocan la ira de Dios; arrepentíos para que Él os perdone por su misericordia. Lo que ocultamos a los hombres, es manifiesto a Dios, convertíos, pues, con sinceridad” (cfr. *Oficio de lectura, 4 mayo, Propio de la Orden*)

Llamados por encargo de la Iglesia a vivir la espiritualidad cuaresmal, como continua conversión del corazón y de la mente; reconciliados para reconciliar, testimoniemos con alegría la misericordia profesándola y viviéndola como cima de nuestra espiritualidad. Sea este el fruto para todos nosotros de las dos celebraciones jubilares.

...CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA PARA SEGUIR EL CAMINO

... Para Francisco: “quiero ser ermitaño” no es la utopía de un adolescente. Es la voluntad de Dios manifestada como proyecto durante las largas noches de contemplación ante el Crucifijo.

Allí ha comenzado la aventura de Francisco, marchando en soledad por los caminos de Dios hasta tener que hacer las veces de “Padre” de una numerosa familia sin pretenderlo.

Con Dios que le acompaña recorre parte de Italia y de Europa, como “nuncio” de paz entre las naciones, padre de los pobres, “voz” de los sin voz, contribuyendo con su vida a emprender una profunda reforma de la vida eclesial.

Cuenta la tradición que la noche del 27 de marzo de 1416 una luz de fuego iluminó la casa de la calle de Terravecchia anunciando la gozosa noticia.

Aquella luz primero alumbra, y después se convierte en energía que caldea, moviliza y transforma. Energía que aún hoy es útil para no hundirse en la arena movediza de las tristezas y miserias humanas.

Somos herederos de una historia que nos trasciende; el Papa con su testimonio, sus decisiones y su magisterio lo pide con insistencia. Que el Fundador, señalado por Pontífices “luz que ilumina” nos guíe también a nosotros por el camino de la renovación personal y comunitaria para resplandecer como él sigue resplandeciendo hasta ser “luz” para los demás.

Roma, Convento de San Francisco de Paula *ai Monti*, 8 diciembre 2015,

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, apertura de la Puerta Santa de la Misericordia y de la *Charitas* en recuerdo del VI Centenario del nacimiento del Padre Fundador San Francisco.

Fray Francisco Marinelli
Corrector General